

Lanzarote: El turismo en situación boyante



Consecuencia de los atractivos de la isla es el asentamiento de extranjeros, algunos tan distinguidos como el Rey Hussein de Jordania, con especial vivienda diseñada por César Manrique

La isla de Lanzarote está viviendo en este lustro que nos lleva al 90 un estado óptimo en la explotación turística, cuyos beneficiosos efectos arrastran o se unen a los de otras dedicaciones laborales (pesca, agricultura, ganadería, construcción), ampliando el campo de la demanda y optimizando el panorama económico.

El turismo ofrece un intensivo grado de actividad atemperado a su notorio incremento. El Boletín de Economía *Coyuntura Canaria*, número 4, de octubre pasado, editado por el "Centro de Investigación Económica y Social de Canarias" (CIES), de la Caja de Canarias, destacaba que el "incremento en términos porcentuales del año 1984 fue menor en la isla de Gran Canaria (13,77%), que el correspondiente a Lanzarote (49,32) y Fuerteventura (30,44)".

Y esto se nota en el ámbito lanzaroteño. En el campo, por la diversidad de cultivos y en la edificación de viviendas

familiares y urbanizaciones turísticas, cuyo desplazamiento hacia el sur va emparejado al aumento de visitantes, ampliando la serie de atractivos que la isla ofrece al natural y los que el hombre supo adaptar al singular entorno, formando una acerbada amalgama que es el principal motivo de agrado para el visitante.

Esta expansión también comienza a producir seria preocupación en la "isla diferente", precisamente porque, de descontrolarse la edificación, de crearse amazotadas urbanizaciones, pudiera romperse ese equilibrio armónico hasta ahora imperante y traducido en una atmósfera de cordialidad y serena convivencia, en unos encantos puestos por la Naturaleza: Jameos, Timanfaya, Hervideros, Golfo, playas de Famara, Mujeres, Papagayo, Malpaís de la Corona, junto a otros labrados o surgidos de la mano del hombre: La Geria, las salinas del Janubio, El Mirador del Río, Cueva de Los Verdes y entrelazando estos dos aspectos con hi-

tos históricos como la presencia de Las Queseras, Fortaleza o Castillo de Zonzamas, los castillos de Guanapay, San José y San Gabriel, Las Coloradas, la historia labrada en Teguiise, la arquitectura popular sembrada por la geografía lanzaroteña, destacando sobre el negro del picón o rofe la blancura de sus casas, el verde de la carpintería; de Teguiise a Femés, de Uga a Los Valles, de los tunerales de Guatiza o Mala al palmeral de Haría, y cerca y junto a todo ello, el hombre, el convertir la agricultura en una obra de verdadera jardinería, el aprovechar una tierra calcinada, quemada sacando el verde de la vegetación y cultivos de un suelo arisco, ennegrecido, humeante.

Y es ahí donde radica la esperanza de que este desarrollo turístico no cause los males padecidos en otras islas. Que el hombre, ahora disfrutando de esta próspera situación, sepa actuar a tiempo y con el mismo tino para que la armonía progreso-calidad de vida guarden igual unión que el mar con sus playas, el volcán con sus tierras someramente cultivadas, la expansión constructiva con el espacio disponible.

El futuro nunca dependió tanto de sus hombres como ahora en la "isla de los volcanes". Si supo rehacerse de las erupciones que arrasaron parte de la isla, si no la abandonó para aprovecharla sacándole vida de sus mismas cenizas, cabe esperar que ahora también sepa actuar de la misma forma para evitar que nuevas, modernas explotaciones, produzcan unos efectos cuyas consecuencias podrían ser peores y a las que, desde luego, no se les podría aprovechar.

Y en eso se confía para que la armonía hombre-isla, sea habitante o visitante, se consiga para seguridad actual y futura.

Texto y foto:
ANTONIO CARDONA SOSA